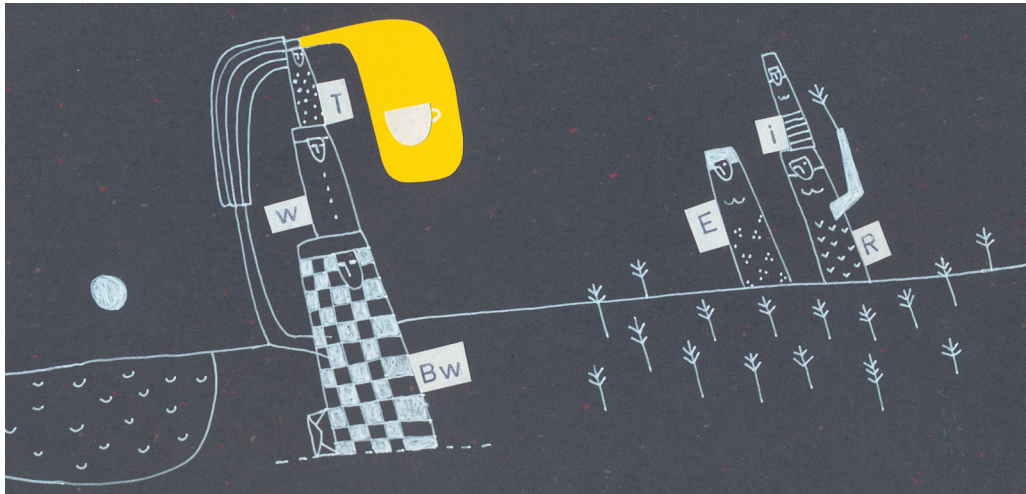


Germán Machado Lens
El secreto de los Greenwall

Primer Premio en el Cuarto Concurso de Cuentos para Niños
de EducaRed e Imaginaria

Ilustrado por Cecilia Afonso Esteves



Ya está cerrando los ojos. Los aprieta bien fuerte. Piensa: “Rojo.” Así permanece unos segundos. Unos pocos segundos. Absorbe los mocos desde la nariz hasta su garganta. Carraspea. Abre los ojos, y allí está la pared: “roja”; bien roja, como la luz de un semáforo deteniendo el tránsito en una noche sin luna.

—¡Zácate! —exclama Tomás. Se siente reconfortado, dichoso. “Tomás Greenwall, la magia del camaleón.” Piensa. Y el pensamiento se dibuja chispeante en el aire de su dormitorio como el cartel luminoso del video club de Puerto Bidondo.

Tomás observa detenidamente las grietas de la pared. Están allí. Son las mismas de siempre: la que dibuja un sombrero de visera, la que simula un perro sentado sobre sus patas de atrás, la que tiempo antes él creía que era la cabeza de un cocodrilo, pero después se decidió por adivinarla como el perfil picudo de una garza. Son las mismas grietas, sí, salvo que ahora están rojas, y no blancas como apenas unos segundos atrás.

—Hay que intentarlo de nuevo —piensa Tomás, y ya está buscando otra cosa: la mochila de lona, tal vez. O la silla de madera. O el auto a control remoto. O el sombrero de lana.. —¡La mochila! —exclama Tomás en voz alta, dándose aliento. —Probaré con la mochila marrón —masculla, entre dientes, y ya está cerrando los ojos. Los aprieta bien fuerte. Piensa: “Naranja.” Permanece unos segundos con los ojos cerrados. Siente, por debajo de sus párpados, un ardor suave, como un cosquilleo, y en las sienas, bajando hacia el entrecejo, una suerte de dolor parecido al que provoca un sombrero de un talle más chico. Abre los ojos, y allí está la mochila: “naranja”; bien naranja, como una mandarina de jugosa fortuna.

Tomás Greenwall se entusiasma. Se siente poderoso. Comparte el mismo poder que su abuelo, B. W. Greenwall. Ahora lo sabe, sí. “Tomás Greenwall, la magia del camaleón”, piensa, y el sueño lo va ganando, despacio, tranquilo, suave, bien suave, como el acolchado de plumas bajo el cual queda dormido, plácida y profundamente.

* * *

Hay que recordar aquí que los Greenwall son de ascendencia irlandesa. Pelirrojos y pecosos por unanimidad. Retacones, fornidos. Son conocidos en la isla por su carácter... ¿cómo decirlo?... extraño. Son retraídos, parcos, introvertidos. Andan por ahí como si guardaran un secreto particular. Pero son generosos en extremo, personas siempre dispuestas a echar una mano si alguien los necesita. En fin, que son amables, y, por eso, respetados y apreciados por los demás.

Los Greenwall habitan un caserón en las afueras de Puerto Bidondo. El abuelo Greenwall había llegado a la isla con un circo naviero, un crucero que recorría el Delta. De esto hace muchos años, muchos años... Y se quedó a vivir aquí para siempre.

El circo naviero actuaba sobre un barco de vapor que recorría las islas haciendo su espectáculo desde la borda. El público de las islas iba a ver el circo al embarcadero o a la playa, según donde el crucero hiciera su parada. En el

circo había payasos, acróbatas y domadores. Había animales: un puma, tres o cuatro perros amaestrados y un pony blanco. El número de magia corría por cuenta de B. W. Greenwall, que tras los consabidos embelecos de sacar palomas de la galera, huevos de las orejas y pañuelos de la boca, hacía su truco más famoso: cambiar el color de todos los banderines que adornaban el escenario, llevándolos de negro a rojo, de rojo a verde y de verde a blanco.

Como en su truco siempre empezaba con el negro y terminaba con el blanco, y como era irlandés, a alguien se le ocurrió apodarlo Black and White Greenwall, que se abrevia B. W., tal como luego se hizo costumbre llamarlo, o sea: Be Doble Ve Greenwall.

Con los años, la gente de la Isla se olvidó de los poderes mágicos del viejo B. W., quien, por otra parte, cuando se asentó en Puerto Bidondo dejó de ejercer el oficio de mago para dedicarse, como casi todos los habitantes de la isla en esa época, a cultivar un huerto, pescar en el río y cazar en los montes. Muy de vez en cuando, alguien le pedía que hiciera uno de los viejos trucos. Pero el abuelo no respondía, o se limitaba a responder un simple “ya me retiré”. Y seguía su camino hacia el río o hacia el monte, según fuera a pescar o a cazar. Y así se fue apagando su fama, de la cual sólo quedaban rastros entre los más veteranos de la isla, que prácticamente ya no recordaban nada de nada.

Cuando B.W. Greenwall se instaló en la isla, hizo venir desde la capital a su mujer, doña Elvira. Al año de instalarse nació su único hijo, Walter, el padre de Tomás. Por esa época, Puerto Bidondo era apenas un montón de casas dispersas y un muelle. Pero con los años, dado que el comercio en la zona creció mucho, el muelle se convirtió en puerto, y el puerto en ciudad. Un día sí y otro también, se construía una casa aquí, una calle allá, y con los años la ciudad se iba poblando de gente proveniente de todas partes. El case-rón quedó en las afueras de la ciudad porque estaba instalado hacia el lado oeste del muelle antiguo y la ciudad creció hacia el lado este, donde ahora está el muelle nuevo. Pero tampoco se piensen que Puerto Bidondo es una gran ciudad. Tiene apenas unos mil habitantes. Es pequeña, como lo son casi todas las ciudades de las islas del Delta.

En la actualidad, Tomás vive en el caserón con su padre, su madre, sus abuelos y una hermana pequeña que se llama Irene. La madre de Tomás se llama Raquel, y trabaja en las oficinas del puerto. Su padre es profesor de inglés en la escuela. El abuelo y la abuela se dedican al huerto, donde cultivan verduras y árboles frutales. Tomás va a la escuela y su hermana al jardín de infantes. Son una familia como muchas de la isla. Nadie podría imaginar que en esta familia hay personas con poderes especiales, muy especiales. Y sin embargo...

* * *

Ya está cerrando los ojos. Los aprieta bien fuerte. Piensa: “Gris.” Abre los ojos y mira hacia el cielo por la ventana de su cuarto. Allí está el cielo: “Gris”; bien gris, como un ratón que huye del zarpazo de una nube oscura, con forma de gato, cargada de lluvia.

Tomás está en su cuarto levantándose para ir a la escuela. El día está feo. Lloverá. Todo indica que será un día aburrido, de esos que no terminan de llegar y demoran en irse. En el piso de abajo se escucha el traqueteo diario de la familia Greenwall que se apresta a comenzar una jornada como cualquier otra de la semana. La madre corre de arriba para abajo despertando a su hermana y aprontando sus cosas para ir a la oficina. El padre se prepara para ir al colegio a dar sus clases de inglés. La abuela sirve el desayuno para todos. El abuelo limpia las herramientas del huerto. Tomás se levanta, se viste y baja a desayunar.

Ni bien entra en la cocina, el abuelo B. W. saluda a Tomás como todos los días, con una leve inclinación de su cabeza. Tomás, al verlo, recuerda sus logros del día anterior. Se le acerca, le da un beso en la mejilla y, como al pasar, le susurra: “Yo también puedo hacerlo. Puedo cambiar el color de las cosas.” Inmediatamente se sienta a la mesa para tomar el chocolate caliente que su abuela le acaba de servir. B. W. se queda mirándolo sin decir nada, como descreído de lo que recién escuchó.

Tomás interpreta esa mirada de su abuelo como un desafío. Entonces, sin decir palabra, mientras el resto de la familia anda apurada haciendo sus

preparativos, de manera discreta, con un movimiento de las pestañas y la cabeza, Tomás le señala a su abuelo el tazón blanco que tiene servido entre sus manos. Cierra los ojos. Los aprieta bien fuerte. Piensa: “Amarillo.” Abre los ojos y allí está el tazón: “amarillo”, bien amarillo, prometiendo un exquisito chocolate caliente.

B. W. Greenwall sonrío de manera cómplice. No hace aspavientos. No dice nada, pero en ese momento está recordando el día que Tomás se enteró de sus poderes, apenas una semana atrás.

* * *

Tomás y su abuelo habían salido juntos de pesca. Estaban sentados en el viejo muelle del oeste cuando, a lo lejos, vieron acercarse una embarcación que a Tomás le resultó particularmente extraña. “Es un buque de vapor a rueda”, dijo el viejo Greenwall a su nieto, quien acababa de preguntarle qué embarcación era aquella.

El barco se aproximaba hacia donde ellos estaban. Tenía un aspecto fantasmal. No parecía venir de otro lugar, sino de otro tiempo. Algo, y Tomás no podía darse cuenta qué era, estaba poniendo nervioso al abuelo. Un gesto de extrañeza, los movimientos rápidos con los cuales recogía la línea de tanza de su caña de pescar, el hecho que B. W. repitiera varias veces, entre susurros, como tartamudeando, “Ro-me-o Du-ran-go, Ro-me-o Du-ran-go”: todo eso puso en alerta a Tomás, quien interrogó a su abuelo sobre lo que estaba sucediendo.

—Parece que el Capitán Durango ha regresado —respondió B. W., mientras veía aproximarse aquel extraño barco, con su chimenea humeante y la rueda de paletas revolviendo el agua a su paso.

El barco no era grande. Como mucho tendría veinte metros de eslora. El casco de madera estaba extrañamente pintado de un color plateado brillante. La cubierta se repartía entre una cabina rectangular en la proa y otra idéntica en la popa, ambas estructuras flanqueadas por dos chimeneas cilíndricas. El centro de la cubierta era una plataforma apenas protegida por barandas a estribor y babor, dejando un amplio tablado a la vista.

—¿Quién es el Capitán Durango? —preguntó Tomás.

—Un viejo parlanchín —respondió el abuelo de manera cortante.

Al rato, el barco estaba recostado en el muelle. Dos marineros soltaban el ancla y, desde la cubierta, dejaban caer una barandilla por la que, segundos después, descendía un tercer personaje: un hombre joven, robusto, vestido con una chaqueta azul, pantalones blancos y una gorra de marino. Fumaba en pipa y el olor del tabaco inundaba el muelle a su paso. Caminó firme hacia donde estaban Tomás y su abuelo. Todo sucedía como si aquel hombre los conociera de antes, como si viniera a traerles un recado con la seguridad de que ellos estarían allí, esperándolo.

Apenas llegó hasta donde estaban Tomás y su abuelo, el hombre se descubrió la cabeza y saludó al viejo B. W. diciéndole: “Usted debe ser el señor Greenwall. Mi nombre es Romeo Durango Junior. Soy hijo del Capitán Romeo Durango, y vengo a entregarle una carta que él dejó a su nombre cuando murió.” Sin más que decir, el marino sacó de su chaqueta un sobre y se lo entregó al abuelo Grenwall. Luego se volvió a calzar la gorra de marinero, saludó con un apretón de manos, dio media vuelta, y se fue por donde había venido.

El barco zarpó dejando una estela en el río. El abuelo Greenwall no dijo nada, pero se lo veía consternado, tal vez más sorprendido que apenado.

—Muy parlanchín no parecía —dijo Tomás a su abuelo una vez que el barco se encontraba lejos y el asombro inicial se convertía en incredulidad.

—No era el Durango que yo pensaba que era —respondió su abuelo, mientras abría el sobre que el marino le había dejado.

El viejo Greenwall extrajo del interior del sobre un fajo de billetes y una carta que ocupaba más de media página. La leyó rápido, casi sin parpadear. Terminó de leerla y sonrió con delicadeza. Guardó los billetes en el bolsillo del pantalón y volvió a sentarse en el muelle. Entonces le contó a Tomás quien había sido el Capitán Romeo Durango.

* * *

—El Capitán Durango era un hombre de río. Un comerciante. Un contrabandista. El dueño del circo. Conversador entrañable y, por lo que veo, una persona que cumple sus promesas —dijo B. W., tras lo cual relató una historia que se remontaba a la época en que él había sido el mago del circo naviero, algo que Tomás desconocía en absoluto. —En ese mismo barco —señaló B. W. hacia el horizonte—, íbamos por todas las islas haciendo nuestro espectáculo. Mientras nosotros actuábamos, el Capitán Durango bajaba a las islas y puertos para hacer sus negocios. En una de esas vueltas, un día que nos dirigíamos hacia la Isla de las Ranas, le advertí a Durango que uno de los actores que él había contratado era un soplón a sueldo, y que el cargamento que llevábamos de contrabando iba a ser interceptado por la policía en nuestra próxima parada. Durango no creyó lo que le decía. Me preguntó de dónde había sacado todo eso. Yo le respondí que me había enterado por pura casualidad, escuchando a unos parroquianos en la taberna de la Isla en la que habíamos parado la tarde anterior. Durango no me creyó, pero el soplón supo que yo sabía, y me enfrentó esa misma noche, mientras navegábamos por el río hacia la Isla de las Ranas. Me abordó con una navaja, y seguro que me habría degollado si no fuese porque en el momento en que iba a atacarme hice uno de los trucos más gloriosos de toda mi carrera. Sin saber muy bien cómo, logré que el barco quedara de color plateado. Todo el barco, absolutamente todo. Plateado, completamente plateado. El vapor relucía como si la luna hubiese bajado a chapotear al río. El resplandor que emitía el barco era tan fuerte que el soplón quedó enceguecido, dándome tiempo para empujarlo. En ese momento, Durango, sorprendido por la extraña luminosidad del barco, salió a cubierta y nos vio en medio de la pelea. El soplón se aprontaba para volver a cargar sobre mí cuando Durango le disparó un balazo que lo derrumbó como una bolsa de papas. Cuando el capitán confirmó que se trataba de un soplón, previendo una trampa, hizo desviar el barco hacia otra islita del Delta donde escondimos el cargamento y enterramos el cadáver de aquel hombre. Luego seguimos rumbo a la Isla de las Ranas como si no hubiese sucedido nada. Extrañamente, el color plateado del barco había desaparecido al amanecer, un rato antes de llegar a destino. Cuando atracamos el

vapor, la policía del Delta estaba esperándonos. Revisaron el barco buscando el cargamento de contrabando. Hicieron averiguaciones. Nos interrogaron. Querían saber dónde estaba el soplón. Pero no encontraron nada, y nadie de la tripulación dijo una sola palabra. No pudieron acusarnos. No tenían pruebas de nada. A la tarde hicimos nuestro acto circense y a la noche volvimos a zarpar. Así era la vida en el río en aquella época —terminó diciendo el viejo Greenwall.

—¿Y luego qué sucedió?... ¿Qué fue del cargamento?... ¿Por qué nunca más hiciste tus trucos de magia?... —preguntaba Tomás, atropellando las preguntas sin saber cuál respuesta prefería conocer primero.

—Cuando zarpamos de la Isla de las Ranas le dije a Durango que esa sería mi última actuación, que me retiraba, que abandonaba el circo. El viejo trató de convencerme para que siguiera, pero cuando vio que yo estaba completamente decidido, me pidió que hiciera una actuación más, la última, me dijo, en el próximo destino, en Puerto Bidondo. Durango pretendía que lo acompañara a recoger el cargamento que habíamos dejado momentáneamente en la otra isleta. Luego de eso, quería que en esa última actuación, al final de mi acto, dejara el barco del mismo color plateado con el que había encandilado al soplón. A cambio, me pagaría por el trabajo de pintura. Yo acepté, pero algo salió mal. Cuando me tocó hacer mi truco de magia cumplí con la rutina de siempre: solté las palomas, saqué los huevos de la oreja y los pañuelos de mi boca, cambié de color los banderines del barco, de negro a rojo, de rojo a verde y de verde a blanco. Pero cuando me concentré para que el barco quedara plateado, no pude hacerlo. Lo intenté un par de veces, pero no hubo caso. Saludé al público con una reverencia temblorosa, y terminé mi actuación. El viejo Durango se lamentó por mi fracaso, pero dijo que no me hiciera problema, que él pintaría el barco de plateado más adelante, en otra oportunidad. Y esa noche se despidió de mí, calurosamente, charlando mucho y muy rápido, como lo hacía siempre. Al descender del barco, en este mismo muelle, no tenía dónde quedarme, ni dónde ir. Le había pedido a Durango que le avisara a Elvira, que por entonces era mi novia, que me quedaría en esta isla por un tiempo, trabajando y juntando dinero para pagarle un pasaje y así

volver a reunirnos. El barco zarpó en la madrugada, cuando despuntaban las primeras luces. Yo me quedé sentado en el muelle sobre mi maleta, mirando como desaparecía el barco hacia el oeste. Ese día prometí que nunca más haría un truco de magia. Nunca más, ninguno.

—¿Y la carta?... ¿Qué dice la carta?... ¿Por qué Durango te envió ese dinero? —volvía a preguntar Tomás con ansiedad.

—Cuando Durango volvió a la capital se comunicó con Elvira para decirle dónde estaba yo. En esa oportunidad Durango le comentó a ella que se iba a retirar del negocio y que vendería su barco porque el Río ya no era un buen lugar para comerciar, para vivir y para realizar espectáculos de circo. Comentó que aún le quedaban un par de viajes por hacer, pero que luego se retiraría tal como lo había hecho yo. Unas semanas después, Elvira vino a reunirse conmigo. Ella me contó todo aquello. Por entonces no teníamos el caserón. Vivíamos en una cabaña muy rústica, donde apenas cabía una cama y una mesa. Al poco tiempo que llegara Elvira, en esa misma cabaña, una noche de luna llena, tuve un sueño. Mejor dicho, tuve una pesadilla. Soñé que al vapor de Durango lo atacaban dos lanchones de la policía en venganza por la muerte del soplón. En el sueño también era de noche y también había luna llena. Las nubes tapaban la luna. Las lanchas de la policía estaban ocultas, emboscadas, a punto de bombardear el vapor de Durango. En ese momento, segundos antes que la policía pudiera hacer nada, yo intervenía. Me concentraba con mucha fuerza y lograba dejar al barco de un color transparente, translúcido, como un chorro de agua, como una onda en el río. Agua sobre agua, invisible, el barco escapaba de las lanchas, huyendo por un afluente del delta. Luego, las nubes se corrían y la luna teñía al vapor de un color plateado, totalmente plateado. En la carta que me acaba de entregar su hijo, el viejo Durango me da las gracias por haberle salvado la vida, y por haber pintado el barco de color plateado, tal como él lo había deseado. Dice que no quiso vender el barco luego de aquella noche en que se salvó de milagro. Que prefirió conservarlo como un recuerdo. Y que, sabiéndose a punto de morir, quería que yo recibiera el dinero adeudado, por lo cual le encargó a su hijo que me buscara, me encontrara y me pagara.

—¿Y cómo hacías esos trucos de magia? —preguntó Tomás.

—No lo sé —respondió el viejo Greenwall—. Sólo sé que pensaba en los colores, y al pensarlos con fuerza, unos colores venían y otros se iban. Mi padre ya lo hacía. Y mi abuelo antes que él. De todos modos, te ruego que no hables de esto con nadie. Sólo nos traería problemas si alguien se enterara. Debe ser un secreto entre nosotros. ¿Lo prometes?

* * *

Ya está cerrando los ojos. Los aprieta bien fuerte. Piensa: “Verde.” Así permanece unos segundos. Unos pocos segundos. Abre su ojos y allí está el canasto de mimbre. “Verde”, bien verde, como las espinacas que acaba de cosechar del huerto. El viejo B. W. se entusiasma. Ha vuelto a sus andanzas. Se siente poderoso. No ha perdido sus poderes, y ahora sabe que los comparte con su nieto.